

LA HORMONA DE LA FELICIDAD

Se llama oxitocina y sus niveles aumentan tras situaciones agradables, como un abrazo o un masaje. Los científicos investigan si es posible desencadenar artificialmente ese subidón.

Por **Karelia Vázquez**

Ilustración de **Labaribaruska**



“Solo con la química, sin la interpretación que hacemos en otras áreas cerebrales de ella, no somos nada”

culpa de la testosterona, otra hormona que interfiere con la oxitocina y que en el caso de este chico estaba disparada.

Albert Figueras, profesor de farmacología de la Universidad Autónoma de Barcelona, opina: “¿Alguien controló, por ejemplo, quiénes acababan de tener relaciones sexuales antes de ir a la boda? (la oxitocina también se segrega tras un orgasmo). ¿Se evaluó la per-

sonalidad de cada uno de los asistentes? Un neurotransmisor puede facilitar un estado determinado, pero por encima están otros factores: la historia personal, las experiencias previas... Todo ello modula su efecto”.

Antes de que viviéramos la presente fiebre por la oxitocina, la molécula, segregada por la glándula pituitaria, se conocía por su función en las contracciones de parto y la producción de la leche materna. Durante mucho tiempo se creyó que era una hormona femenina, pero luego se comprobó su presencia en los hombres. De hecho, un estudio muy famoso firmado por la doctora Ruth Fedman, que coordinó las investigaciones sobre la molécula de la Universidad de Yale (Estados Unidos) y Bar-Ilan (Israel), comprobó que los hombres, cuando se convierten en padres, también segregaban oxitocina a chorros.

Todas las virtudes se concentran en una sola hormona. Al menos eso dicen los científicos fascinados por la oxitocina, la hormona de mayor prestigio de todas las que segregamos los humanos. Ninguna de ellas se ha ganado tantos epítetos de elogio. A saber, “hormona de la moral”, “molécula del abrazo”, “hormona de la confianza”... La oxitocina tiene todos los títulos, y, además, uno de sus estudiosos, el neurólogo estadounidense Paul Zak, se hace llamar, gracias a ella, Doctor Amor.

Paul Zak, con una personalidad arrolladora y, probablemente, una bien entrenada aptitud para el *marketing*, recorre el mundo dando conferencias sobre la oxitocina y presentando el libro que ha dedicado a la sustancia en cuestión. En sus charlas reparte abrazos (sostiene que es una forma de generar picos de oxitocina en el organismo) y da pinchazos para recoger muestras de sangre a quien esté disponible. Su propósito es medir los niveles de oxitocina del auditorio para investigar si la segregación de esta hormona puede crear un ambiente de paz y amor.

Esto fue lo que hizo Paul Zak en la boda de unos amigos también científicos, según cuenta en el libro *The moral molecule. The source of love and prosperity (La hormona de la moral. La fuente de amor y prosperidad)*. La boda tuvo lugar en una casa de campo donde Zak montó una estación temporal de investigación. Tomó muestras de sangre de los asistentes antes y después del evento, que había provocado picos de oxitocina entre los invitados. La novia presentaba el chute más alto; la seguían sus familiares más cercanos. Todo en proporción con el compromiso emocional de cada quien con el suceso. El novio, en cambio, mostraba niveles normales. Según explica Zak, esto sucedía por